

## A la villa de Pedroche

### (Leyenda del siglo VIII)

Pobre y solitaria villa,  
 Quien te vió reina y señora,  
 ¿Podrá conocerte ahora,  
 Tan humilde y tan sencilla?

Sin recordar tu pasado,  
 Un valle tienes por nido,  
 Y eres pájaro dormido  
 En un castillo arruinado.

Todo el tiempo lo borró:  
 Tu esplendor, tu fe, tu gloria;  
 Mas al disipar tu historia,  
 ¡Cuántos pesares te ahorró!

Que siempre da pesadumbre  
 Una pérdida ventura,  
 Y la luz da sombra obscura  
 Cuando se extingue su lumbré.

Grande fuistes en verdad,  
 Reina y señora del valle,  
 Aunque en tí nada se halle  
 Sino tristeza y fealdad.

Tuviste bellos jardines,  
 Fuentes con ninfas y ondinas,  
 Y entre tus bosques de encinas  
 Resonaron mil festines.

Fuertes y altivas murallas  
 Encerraban en su anillo,  
 Un poderoso castillo  
 Con almenas y atalayas.

Tus señores a porfía  
 Un coloso levantaron,  
 Que más tarde le llamaron  
*Torre de Santa María.*

Mas el tiempo la arruinó,  
 A quien tu poder no arredra,  
 Y con sus moles de piedra  
 La que tienes levantó.

Ésta no guarda la historia  
 De tus antiguas hazañas,  
 Y le son tal vez extrañas  
 Tus leyendas y tu gloria.

Pues, de siglos posteriores,  
 Es la sombra de tus sueños,  
 Como son también sus dueños  
 Los siervos de tus señores.

Estos alzarón el vuelo  
 Sin acordarse de tí,  
 Y alejándose de aquí,  
 Abandonaron tu suelo.

No te fueron muy propicios,  
 Mas al fin nobles y bravos,  
 Al venderte a sus esclavos  
 Les pagaron sus servicios.

Yo en tus historias me pierdo  
 Y por diversas edades

Contemplo las novedades  
 Que me trae tu recuerdo.

Los monarcas de Castilla,  
 Los árabes y los godos,  
 Con admiración de todos,  
 Te coronaron por villa.

Y entre el lujo y el derroche  
 De una conquista de honor,  
 Alfonso el Emperador  
 Rey se llamó de Pedroche.

Gentes de extinguidas razas  
 Y de contrarias naciones  
 Elevaron sus pendones  
 En tus muros y terrazas.

Romana y cartaginesa  
 El tiempo te conoció,  
 Mas en tus ruinas dejó  
 Su huella fatal impresa.

Y del mundo en el tropel,  
 Cual loco a burlas sujeto,  
 Eres un real esqueleto  
 Con un manto de oropel.

El tiempo fué siempre así:  
 Hoy nos ensalza y cautiva  
 Y mañana nos derriba  
 En su necio frenesí.

¡Cuántas grandezas pasadas  
 A su empuje sucumbieron,  
 Solamente porque fueron  
 Con su mano levantadas

Y lo mismo que los ríos  
 Hinchados y caudalosos,  
 Que de ser mares ansiosos,  
 En ellos pierden sus bríos!

Aquí tienes tu semblanza:  
 Alzaste mucho tu vuelo,  
 Pero vinistes al suelo  
 Al peso de tu pujanza.

Mas vivir es delirar  
 Entre afanosas contiendas...  
 Por eso con tus leyendas  
 Quiero mi pena endulzar.

¿Qué me importa lo que eres,  
 Si esto me ha de entristecer?  
 Dime lo que fuiste ayer,  
 Háblame de tus mujeres:

De tus hermosas romanas,  
 De tus godas señoriales,  
 De tus *huris* celestiales,  
 De tus bellas castellanas;

De tus bosques y jardines,  
 De tu encantado castillo,  
 De tu esplendor, de tu brillo,  
 De tus alegres festines.

Habla, mitiga el dolor  
 Que yo en mis entrañas siento,  
 Y alegra mi pensamiento  
 Con tus leyendas de amor.

Te callas... mas yo sé una  
 Tan antigua y enjundiosa,  
 Que más bella y más preciosa  
 No me contarás ninguna.

ENRIQUE GOSÁLBEZ BERMEJO.  
 (Continuará)

## A la villa de Pedroche

(Leyenda del siglo VIII)

(CONTINUACIÓN)

¿Te olvidaste de la Cava  
Y del famoso Rodrigo,  
Que a solas y sin testigo,  
Buen afecto le mostraba,

Cuando iban a cazar  
Por tus bosques y praderas  
Y persiguiendo a las fieras,  
Sentábase a descansar?

¿No recuerdas el orgullo  
Con que le dijo a fanosos:  
«Ves que valle tan hermoso,  
Pues todo, Florinda, es tuyo?»

Y allí, tras de un arrayán,  
Al darle el rey una cita,  
Como una visión maldita  
Apareció Don Julián.

Le dejó hablar sin protesta,  
Y huyó jurando en su pecho:  
«Si es verdad lo que sospeché,  
Rey, la corona te cuesta!»

No lo advirtió Rodrigo en su locura,  
Que egaba sus ojos el amor

Con los rayos de angélica hermosura,  
A quien hace ya tiempo se ofreció.

Sonaron repitiendo mil excesos  
Los ayes quejumbrosos de mujer,  
Y en doble afán los corazones presos,  
El eco repitió: «¿Vendrás...?» «Vendré».

Quedóse todo en soledad medrosa,  
la tarde agonizaba con su luz,  
Y la luna, brillante y misteriosa,  
Iba surcando la región azul.

Era la media noche: sombra leve  
Se veía a lo lejos avanzar,  
Cual osado fantasma que se atreve  
A medir con los vivos su puñal.

Cruzó las calles, recorrió la plaza  
Y llegó de una torre hasta el jardín,  
Y apretando en sus puños una maza,  
Abrió una puerta y empezó a subir.

Resonó al poco rato un gran silbido  
Contestado a su vez por otro igual,  
Y un maneebo entre pieles guarecido,  
Detúvose buen rato en mudo afán.

De repente una voz muy afligida  
Exclamó sin poderse contener:  
«Rodrigo, ¿dónde estás?», y otra en seguida:  
«Aquí (dijo) Florinda, en el dintel».

Subieron la escalera de la torre,  
Llegando al primer piso ambos a dos,  
Sin que la luna esplendorosa borre  
En sus pálidos rostros el temor.

Allí sobre el alféizar apoyados,  
De elegante y hermoso ventanal,  
Se encontraron sus ojos abrasados  
En el fuego ardoroso de un volcán.

Como rojas pavesas en la llama,  
Distraían su ardiente frenesí  
Contemplando el precioso panorama  
Que dejaban los cielos traslucir.

Crecido y abundante el Guadamora,  
(Cuyo nombre más tarde recibió),  
Cual faja de cristal deslumbradora,  
Se perdía en el valle con rumor.

Escalando los aires en su vuelo,  
Morciélagos corrian sin parar,  
Y la triste cigarra desde el suelo  
Elevaba su canto siempre igual.

La brisa con su aliento, en la espesura,  
Los árboles hacía estremecer,  
Esparciendo, veloz por la llanura,  
Mil perfumes y aromas a la vez.

A lo lejos, cadenas de montañas,  
Cual ciclopes en círculo feroz,  
Cuyas sombras atléticas y extrañas  
Formaban todo un valle al rededor.

Blancas nubes, fantásticas y bellas,  
Iban surcando la región azul,  
Y el astro de la noche junto a ellas  
Enviaba los rayos de su luz.

Mientras tanto latir dos corazones  
Se escuchaban con ritmo siempre igual,

Y llenas de misterios y emociones,  
Sigilosas palabras resonar.

Allí Rodrigo, cual si fuera un niño,  
Dominaba su intenso frenesí,  
Y entró frases de amor y de cariño  
No sentía las horas transcurrir.

Florinda, muda y ciega en su locura,  
Lloraba temerosa junto a él,  
Y el monarca, extasiado en su hermosura,  
Luchaba sin poderse contener.

Creció la hoguera, levantóse llama,  
Y destumbada en ambos la razón  
Con la idea fatal que los inflama,  
Sucumbió la bondad, triunfó el amor.

Entonces resonando la corneja  
En la plácida calma del jardín,  
Una sombra importuna que se aleja:  
«¡Rey maldito, exclamó, pobre de tí!»

Levantóse Rodrigo a tal conjuro,  
Y mirando nervioso el ventanal,  
Leyó en un pergamino sobre el muro:  
«La corona y el trono perderás».

Trasposo el valle la sangrienta luna,  
Y obscurecióse el firmamento azul,  
Y de viento una ráfaga importuna  
Heló de España el brillo y la virtud.

ENRIQUE GOSALBES BERNEJO.

(CONTINUARÁ)

## A la villa de Pedroche

(Leyenda del siglo VIII)

Pasó tiempo, y Don Rodrigo,  
Entre el espanto y el miedo,  
Escuchó de un fiel testigo  
Las nuevas de su castigo,  
En su alcázar de Toledo.

Mortandad sin esperanza,  
Destrucción y cruda guerra,  
Iba el moro en su pujanza,  
Como signo de venganza  
Derramando por su tierra.

Juntó el rey sus caballeros,  
Y a su frente buen jinete,  
Marcharon con sus aceros  
A morir como guerreros,  
Orillas del Guadaleta.

¡Pobre rey! Nadie te abona:  
Dios te abate de ese modo,

El hombre no te perdona,  
Y hasta tu propia corona  
Cae rodando por el lodo.

En tus venturas de amor,  
Amartelado galán,  
No viste que el deshonor  
Hace de un padre un traidor,  
Como el conde don Julián.

Testigo de tus amores,  
Puso coto a su despecho;  
Más sus amargos dolores,  
Con escrúpulos traidores,  
Envenenaron su pecho.

Y lo que en la torre oyó,  
Aunque persiste en callarlo,  
Su casa y nombre manchó,  
Y si allí disimuló,  
Con sangre intenta lavar lo.

Víctima de torpe hazaña  
Ante la nación entera,  
Quiso al vengarse con saña,  
Sacar los ojos a España,  
Porque su mancha no viera.

Fué traidor y fué mezquino,  
Dando la muerte a su *Madre*;  
Pero tú, rey asesino,  
Le salistes al camino,  
Y él vengóse como padre.

Enamorado galán,  
Tuya es la culpa y el dolo,  
Tú forjaste en don Julián  
Tal perfidia y tal afán,  
Y él fué *consecuencia* sólo.

Mal reprimió su albedrío,  
Declarándose en batalla...  
Mas ¿quién domina su brío,  
Cuando se desborda el río  
Y el mar rompe su muralla?

Que las nubes y los vientos  
Se lléguen a dominar,  
Y todos los elementos  
Perderán sus movimientos  
En la tierra y en el mar.

Que den los legisladores,  
Sin privilegios, sus leyes,  
Y los reyes, sin traidores,

Tendrán fieles servidores,  
Y la nación buenos reyes.

Pedroche, deja el dolor  
Que yo en mis entrañas siento,  
No alegres mi pensamiento  
Con tus leyendas de amor.

Cállate, pues yo se una  
Tan antigua y enjundiosa,  
Que más bella y más preciosa  
No me contarás ninguna.

*Enrique Gosálbez Berner*

FIN DE LA LEYENDA.

**Miguel Ollero Castellano**

- REAL, I -

**Curtidos y Cortes aparados**

Depósito de cerveza MAHOU  
Expendeduría de La Unión Española  
de Explosivos